

Autor: Abilio Ayuso

EL TRIÁNGULO

Ilustrador Ronny Bravo



+14

Un viejo filósofo, me explicó una vez, que para crear el infierno, a Dios le había bastado con juntar a todos los canallas en un mismo lugar.

El garito de Paco era un tugurio infecto, ubicado en un semisótano de uno de los perores barrios de la ciudad. Era una mezcla de taberna grande cochambrosa y sala de billares, que no ofrecía nada atrayente a su público potencial, y sí, por el contrario, bastantes cosas que podían repeler a la clientela más o menos normal.

Refugio de borrachos y gente de mal vivir, que sin embargo allí guardaban una cierta “compostura”, porque de eso se encargaba Paco, una mezcla de oso, gladiador y camionero, con el que no se podían gastar demasiadas bromas.

Todos sabían que detrás de la barra, tenía muy a mano, una vara de acero con bola de plomo en la punta, con la que podía partir el espinazo a un buey, por eso el garito de Paco era un lugar de tregua forzosa, donde se podían pactar turbios negocios en calma.

Sin embargo, de puertas afuera, nadie estaba a salvo, más de un incauto había muerto apuñalado en el mismo callejón de salida.

Era difícil de comprender, como un local de aquellas dimensiones podía sobrevivir con las pocas copas baratas que servía al cabo del día, por eso se decía que Paco tenía “otros intereses”, y que sacaba tajada de algunas de las operaciones que allí se urdían, pero nunca nadie se atrevió a entrar en averiguaciones.

Aquel bodegucho estaba perpetuamente abierto y Paco siempre estaba presente, porque aquella era literalmente su casa, detrás de los barriles había una puertecilla desvencijada que daba a un pequeño cuarto con un camastro, un armario y una ducha.

Allí vivía Paco, la taberna era su sala de estar, su comedor, su casa, en suma, por eso nunca cerraba el negocio, porque para estar sólo, prefería tener abierto, si despachaba un par de copas... Bien, y sino también.

Por eso no era de extrañar que siendo Nochebuena estuviera abierto, como cualquier otra noche, ya que ni Paco ni sus cuatro clientes tenían nada que celebrar, ni con quien celebrarlo.

Apoyado en la barra, se encontraba Javi, cuya única profesión era colocar el dinero falsificado que le pasaban, oficio con el que apenas podía malvivir porque las falsificaciones eran tan cutres que no podía colocarlas donde quisiera.

En cualquier tienda normal se daban cuenta de que aquellos billetes eran más falsos que Judas, por eso Javi siempre exploraba en busca de pequeños comercios de barriada, de aquellos que los supermercados les habían puesto

la subsistencia difícil, y en los que preferiblemente estuviera solo el propietario de edad avanzada, aburrido por la escasez de la venta.

Aquel timador sabía engatusar a sus víctimas, escogía un artículo de entre veinte a treinta euros, que luego pudiera recolocar con facilidad a mitad de precio, y pagaba con un billete de cincuenta, mientras hacía mil preguntas y expresaba dudas sobre la calidad del producto.

Tenía muy bien estudiada su actuación porque la perspectiva de una venta de veintitantos euros animaba al tendero, que por otro lado no le podía decir la consabida frase de: “No tiene un billete más pequeño”, porque un billete de veinte no llegaba para pagar la compra.

Eso sí, el sinvergüenza siempre llevaba en la manga un billete auténtico, y si alguien manifestaba sospechas tenía la actuación muy ensayada, tomaba indignado el billete falso diciendo: “¿Pero cómo va a ser malo si me lo ha dado el cajero automático?”.

Hacía ver que lo comprobaba al trasluz de la claridad externa y con gran habilidad daba el cambiazo, a partir de ahí se permitía poner de vuelta y media al pobre tendero haciéndole creer que la edad le jugaba malas pasadas y a retarle a que le acompañara a cualquier banco u otra tienda que tuvieran máquina verificadora, para finalmente marcharse ofendido, dejando la compra y diciendo al azorado propietario que a una cierta edad era mejor retirarse que hacer el payaso.

Javi tenía que pagar a los mafiosos la mitad del valor de los billetes que le entregaban, que era de promedio el cambio que conseguía, así que malvivía de revender a precio de saldo las cuatro cosas que conseguía comprar con el dinero falso.

En realidad, ganaba menos al cabo del mes que si hubiera ejercido cualquier profesión sencilla.

De timador, trabajaba más de las ocho horas diarias de una jornada laboral, porque tenía que moverse en zonas limítrofes de la ciudad, buscando barrios humildes y anotando cuidadosamente donde había dado ya el timo, para no repetir.

También tenía que vigilar la tienda, ver quien despachaba y buscar una hora sin afluencia de público, luego tratar de malvender lo que había comprado, con suerte colaba cuatro billetes al día que le dejaban limpios treinta o cuarenta euros.

Una vez alguien, que conocía su modo de vida, le dijo: “Yo por una pasta gansa, tal vez haría lo que tú, pero por la mierda, que ganas, dedicarte a

fastidiar a pobres viejos y arriesgarte a que un día te pillen y te hostien, antes me pondría de portero, ganarías más, y más tranquilo”.

Javi le miró con desdén y murmuró: “¿Trabajar?, yo entro y salgo cuando me da la gana, si un día quiero hacer el vago lo hago y no tengo que lamer el culo a un jefe, y los viejos que se jodan, sino tienen vista que se jubilen”.

El momento más arriesgado para Javi era cuando los mafiosos le pasaban el paquete con el dinero falsificado, porque si la policía le pillaba con dos o tres billetes falsos podía decir que los había encontrado.

Al ser una cuantía menor no podían condenarle, pero con un paquete de moneda falsa encima se convertía en delito grave, y la condena hubiera sido severa, por eso hacían el trueque muy de tarde en tarde y con una suma importante.

Sin embargo, el pago a los mafiosos no había problema en hacerlo semanalmente, porque era dinero limpio.

En Nochebuena no podía trabajar porque sus clientes potenciales habían cerrado, por eso estaba allí dejando pasar las horas, mejor que en el cuartucho con camastro que tenía alquilado. Con lo que ganaba no podía pagar nada mejor.

Aquella noche, aparte de él, los únicos clientes eran un borracho lloroso en la barra y dos individuos malcarados en un rincón.

Se aposentó relativamente cerca del borracho, robarle allí dentro era impensable porque Paco tenía unas normas muy claras, pero a veces aquellos beodos se ponían a explicar sus penas y acababan pagando una ronda o dos.

Efectivamente, al cabo de poco, pidió otra copa con voz pastosa agravada por un fuerte acento sudamericano, luego miró a Javi y le dijo “Y otra para usted si no le importa que le invite un desgraciado”.

“Hombre, no será tan desgraciado como dice”.

“¿Qué no?, déjeme que le explique: Dios se ha reído de mí a carcajadas, me cago en él. Estoy aquí, a miles de kilómetros de mi familia para ganar un poco más de dinero que en mi tierra, porque mi hijo necesita una operación de corazón, y allí sino va la plata por delante nadie te opera, no es como aquí que tienen ustedes seguridad social y esas cosas, y esta noche recibo la mejor y la peor noticia”.

Diciendo esto el borracho se acercó en plan confidente a Javi y le dijo “Mire fijese, lo han dicho por la tele, el gordo de Navidad: Quince mil ciento doce”.

Y sacando una libreta mugrienta como si fuera un tesoro, le mostró, dentro del plástico de la contratapa, el billete de lotería premiado.

A Javi le recorrió un escalofrío, se quedó callado pensando que aquel sudaca borracho tenía en sus manos el dinero que él no juntaría en la vida, al final le dijo: “Es usted un hombre afortunado”.

“Ja, ja, eso creía yo al ver la tele, he mirado una y otra vez porque no me lo acababa de creer, pero si, es el gordo de verdad”.

Hizo una pausa para tomar con mano temblorosa el vaso de coñac barato y beber derramando parte del líquido, Javi no pudo resistir la tentación de preguntarle: “Entonces... ¿cuál es el problema?”.

“El problema es que Dios se ríe de mí, cuando he llamado a mi mujer para explicárselo me ha dicho muy seria: ¿Cuándo estarás aquí con el dinero?”.

Y le digo: “Pues mira mañana es Navidad, todo está cerrado, el Sábado San Esteban y el domingo lo mismo, pero el lunes cobro, tomo el primer avión y me vengo”.

Y me contesta: “Ya será tarde, nuestro hijo ha tenido una crisis, los médicos dicen que le quedan veinticuatro horas de vida, máximo dos días, hay que operar ya”.

“¿Qué le parece, hay para maldecir a Dios o no?. Cuando llegue con el dinero podré pagarle un bonito entierro a mi único hijo”.

Javi empezaba a madurar una idea, aquel billete era como un manjar para un perro hambriento, su codicia estaba desatada y no pararía hasta hacerse con él.

En plan amistoso le dijo a su interlocutor, “Venga hombre, no se lo tome así y piense un poco, alguien le podrá prestar lo suficiente para operar a su hijo”.

“¿Pero quien me va a prestar, si soy un extranjero y no conozco a nadie, pero es que además ni haría falta a nadie que me prestara, yo daría el billete ahora mismo, a cambio de dinero suficiente para operar a mi chico?”.

Javi se quedó callado, mientras ultimaba el plan. Los mafiosos le habían pasado un paquete con cien mil euros en dinero falso. Si aquel borracho se

tragaba el anzuelo el lunes mismo cobraría los trescientos mil euros del premio, pagaría su cincuenta por ciento a los falsificadores y con el cuarto de millón que le sobraba se largaría a otra ciudad donde nadie le conociera, se correría unas buenas juergas con los cincuenta mil y con los doscientos se montaría algún negociete.

Ni por un momento se paró a pensar que el chiquillo moriría por culpa suya, eso era un pequeño detalle sin importancia para él.

Tomó por el hombro al borracho y le dijo suavemente: “Tal vez yo podría ayudarle”.

El rostro del hombre se iluminó y casi le desaparecieron los efectos del alcohol, “¿Usted podría hacer algo por mí?”.

“Si, escuche, mi tío me ha dejado un dinero de lo que tiene ahorrado para su jubilación. El martes he de acompañarle a comprarse una casita para su retiro y el dueño... Ya sabe usted como son estas cosas, quiere la mitad en efectivo para no declararlo. Creo que con esos cien mil euros usted podría salvar a su muchacho y luego a la vuelta ya lo arreglaríamos”.

“No habrá vuelta, yo sólo estoy aquí para ganar el dinero de la operación, si lo consigo ya no pinto nada aquí, el resto es suyo, y no le sepa mal quedárselo, porque el favor que me hace vale para mí mucho más, además tenga en cuenta que, en mi país, esos cien mil son como aquí un millón.

“Pues no se hable más, espéreme cinco minutos”.

Al poco rato Javi volvía con una bolsa de plástico fijada con gomas elásticas, se la pasó discretamente por debajo de la barra diciéndole: “Tenga cuéntelo”.

El borracho, que ya no parecía estarlo tanto, abrió la bolsa, echó un vistazo, sin sacarlos, a los fajos de billetes lo mejor que la penumbra de la taberna le permitía.

Seguidamente la cerró y dijo: “No hay problema, se nota que usted es un hombre de palabra”.

Sacó el billete de lotería de la contratapa y se lo pasó con toda ceremonia: “Que Dios se lo pague, acaba usted de salvar la vida de una criatura inocente”.

“No hace falta que Dios me lo pague, con los doscientos mil que sobran ya me considero pagado”.

Se despidieron apresuradamente, ahora los dos tenían prisa, aunque por diferentes motivos, el borracho pagó y dijo que se marchaba directamente al aeropuerto a tomar el primer avión que saliera hacia su país.

Se metió la bolsa dentro de la cazadora y salió de la taberna con paso rápido, solo cruzar el umbral acabó por desaparecer de su semblante cualquier resto de alcoholismo, luciendo por el contrario una sonrisa astuta mientras pensaba en lo que decían sus colegas, de que los viejos timos estaban ya agotados.

Es verdad que lo están, aunque solo para los mediocres, pero los grandes artistas del tocomucho, como él, siempre podían engatusar a un pobre iluso, porque la codicia mueve montañas, y la posibilidad de sacar partido de la desgracia ajena es muy tentadora.

El lunes, cuando aquel pobre tonto intentara cobrar el décimo hábilmente manipulado se llevaría una desagradable sorpresa, y su tío no podría comprarse la casa: “Que se joda”, pensó ¿Para qué necesita un viejo una casa, con lo que le queda que se compre un pisucho pequeño y ya tiene bastante.

Tan abstraído estaba en sus pensamientos que no percibió que dos sombras silenciosas se le acercaban por detrás.

Eran los dos individuos malcarados de la taberna, que habían estado atentos a toda la maniobra.

Aunque no habían captado toda la conversación al cien por cien, habían escuchado lo suficiente para entender que se hacía una transferencia de dinero y que aquel al que seguían era el portador.

A la altura de un callejón sin salida lo empujaron sin contemplaciones hacia dentro, extrayendo de sus bolsillos un par de porras metálicas extensibles, sin más preámbulo le dijeron: “Danos el paquete o te rompemos la crisma”.

El timador les reconoció y aún metido en su papel chilló: “Esto es para salvar la vida de mi hijo, antes que os lo dé tendréis que matarme”.

“No te quejes, tú lo has pedido”, dicho lo cual se abalanzaron sobre él propinándole una verdadera lluvia de golpes y patadas.

Cuando acabaron era un amasijo de huesos rotos, tomaron la bolsa y se marcharon corriendo entre risas, mientras uno le decía al otro: “¿Ves porque esta noche se llama Nochebuena, vamos a celebrarla?”.

Ya más calmados, se dirigieron a la parte elegante de la ciudad, donde algunos restaurantes de lujo mantenían abiertas sus puertas para las familias adineradas que no tenían ganas de cocinar en casa.

Entraron en una famosa marisquería, pidieron todo el marisco que se les antojó, acompañado del mejor vino y lo remataron con un coñac de primera, café copa y puro.

No se escandalizaron cuando abrieron la carpetita aterciopelada que el camarero les había dejado y comprobaron que la cuenta subía más de seiscientos euros.

El que llevaba la bolsa contó discretamente catorce billetes de cincuenta, los metió junto con la cuenta, cerró la carpeta y cuando volvió el camarero se la entregó con aires de grandeza, diciéndole: “Quédese con el cambio”.

“Muchas gracias, señor”.

Se quedaron relajados envueltos en el humo de sus habanos. En ese momento se sentían completamente felices.

Así hasta que al cabo de unos minutos se vieron rodeados por un grupo de policías que les esposaron sin contemplaciones y les condujeron a un furgón, sin que les valieran ninguna de sus protestas de inocencia.

Aquellos individuos no comprendían como les habían podido localizar tan rápido, se habían trasladado al otro extremo de la ciudad y aunque el atracado hubiera sobrevivido no estaría en condiciones de identificar ni a su madre.

Los registraron concienzudamente, de no ser por la gravedad de la situación el comisario se hubiera reído de la cara de idiotas que pusieron cuando se enteraron de que el dinero era falso.

Para acabarla de fastidiar, los policías localizaron restos de sangre en sus porras y en la punta de sus botas. Encima eran reincidentes de atracos anteriores. Evidentemente esta no sería su noche buena, ni las siguientes tampoco.

Una vez encerrados en la celda, el Sargento comentaba con el comisario: “Se da cuenta, ni en Navidades pueden parar estos chorizos. Ya que no podemos estar con nuestras familias, por lo menos nos podrían dejar que tuviéramos una guardia tranquila”.

“Pues ya sabes, putéalos todo lo que la ley te permita, para que aprendan”.

Javi también salió de la taberna rápidamente. Tenía que darse prisa antes de aquel pringadillo intentara comprar un billete de avión o cualquier cosa y se diera cuenta de que el dinero era falso.

Como vivía muy cerca de la taberna de Paco tenía que cambiar de aires.

El lunes cobraría el billete de lotería, pagaría sus cincuenta mil a los mafiosos, porque con esos no se puede jugar, tarde o temprano te localizan, y a vivir la vida.

Metió lo más importante en un par de bolsas, devolvió la llave al casero diciéndole que se había puesto enfermo un familiar y tenía que ir una temporada a cuidarle.

Una vez en la estación de ferrocarril, tomó el primer tren nocturno que partía hacia una ciudad importante y allí se quedó en una pensión de mala muerte, hasta el lunes.

Por la mañana se vistió con su mejor ropa y se fue a la administración de lotería más importante de la ciudad, allí con una flamante sonrisa pasó su billete por la ranura de la taquilla y le dijo al lotero: “Soy un tío con suerte, me ha tocado el gordo, ¿Lo puedo cobrar aquí o he de ir al banco?”.

El lotero tomó el billete, lo pasó por una máquina electrónica y una sonrisa burlona apareció en su cara. Se lo devolvió y le dijo: “Mejor que al banco yo iría a la policía a denunciar a quien se lo haya vendido”.

Javi se quedó pálido, aún encontró aplomo para decir: “¿Vendido?, no, se lo cambié a un amigo por otro de los que había comprado yo”.

“Mire caballero, llevo treinta años de profesión, usted dirá lo que quiera, pero me juego las narices a que le han dado el timo del tocomocho”.

Javi salió de la administración como un sonámbulo, sus sueños se habían hundido. En treinta segundos había pasado de estafador a estafado. Tampoco podía denunciar a su timador, porque si lo encontraban y aparecía el dinero falso daría con sus huesos en el talego.

En una ciudad desconocida, sin dinero ni medio de vida, no tardó en acabar pidiendo limosna y viviendo entre cuatro cartones, maldecía su desgracia, creyendo que había tocado fondo.

Pero no era cierto, las cosas fueron a peor cuando finalmente los mafiosos le localizaron.

La paliza que le administraron fue tan brutal que Javi acabó añorando los momentos en que vivía tranquilo entre cartones.

Por la taberna de Paco pasaba mucha gente que hablaba poco de sí, pero mucho de los demás, así Paco se acabó enterando de las desventuras de sus cuatro clientes de Nochebuena.

El último capítulo se lo contó un amigo suyo de la policía secreta que a veces pasaba por aquel tugurio.

Al final le dijo: “Te das cuenta Paco que clase de gentuza viene a este antro, harías un bien a la ciudad si lo cerraras”.

Paco sonrió enigmáticamente y contestó: “No digas tonterías, es bueno que la gentuza tenga un sitio donde juntarse, porque así se joden entre ellos y dejan en paz a los demás”.

FIN...